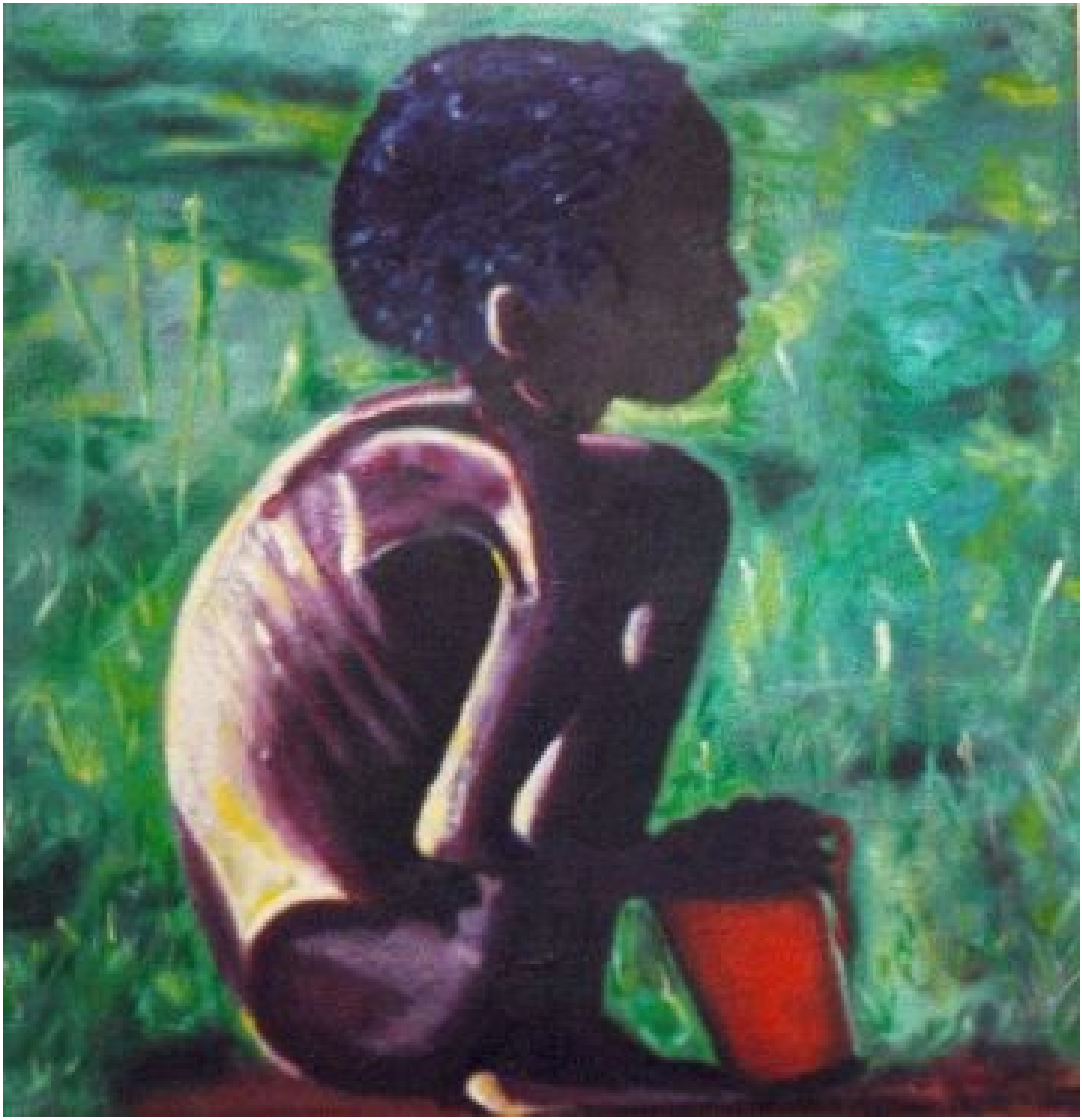
Dos niños con hambre nomás

Nolram



Capítulo 1

DOS NIÑOS CON HAMBRE NOMÁS

Caminan solos, a través de la calle. Se sentaron en los bancos del subte para tomar el trencito chuchu, así le dice para que su hermano se emocione y no recuerde como retumba su estómago, eco ácido del propio cuerpo, que ruge porque necesita ceder hidrógenos, no ha recibido todavía materia para lograrlo, o dicho en el criollo, necesita comer. La orden es recibida por su cerebro, mientras se entretiene contando los papeles que vuelan con el viento del túnel, traídos por el tren del otro lado.

Su hermanita le quita las garrapatas clavadas en su pierna, pero no está tan contenta, no sonríe ni tampoco se entristece, llora sola en su cama por la noche, la escucha cuando se hace el dormido para que mamá no le pegue. Hoy a la tardecita trajo comida como siempre, cuatro panes con algo de fiambre que comió gustoso, ella solo raspaban el pan con su dentina levemente, haciendo mover a su diente flojo. A veces es menos pan o menos fetas de jamón, pero logra predecir la frecuencia, siempre depende de que tan sudada sale su hermana, porque mamá y papá cuentan cada moneda y cada billete con suma minucia.

Solo sabe que toca la puerta trasera de la panadería, le abre el panadero con complicidad y entra, sus ojos parecen hundidos dentro de su cabeza, porque los huesos de sus cuencas sobresalen mucho, de su nariz de gancho salen muchos pelos sin recortar, hace ver a su cabeza con forma de huevo como a algo más que la casita de los pollitos.

Siempre mira para ambos lados, por si alguien les ve y saluda al hermanito con una mueca soberbia en la cara, aunque la primera vez quería echarle, nervioso por ese pendejo chismoso. Su hermanita mantuvo la compostura, gracias a ella puede esperarla fuera, sigue rayendo sus piececitos con ese asfalto lijoso, otra vez carcomió sus ojotas, suele entrarle el agua negra en las raspaduras y por ello, huelen feas las plantas de sus patas.

Pasa un rato eterno, mientras balancea su propia cadera con los pies firmes, también levanta los brazos hasta la altura de sus hombros, y los choca contra sus piernitas muchas veces porque le gusta mucho los pingüinos, no acepta de ninguna manera que alguien diga algo feo sobre ellos, tuerce la mirada en los documentales cuando se comen a uno y los imita siempre que se para a esperar, porque aclama lo adorables que son. Lo hace hasta que su hermanita consigue la comida, siempre con cara de nada.

A veces cuando sale tiene la blusa rosa con florecitas verdes desacomodada o directamente al revés, siempre sale despeinada y con olor feo, como a sudor agrio y a algo más, pero como consigue comida sin gastar un centavo, piensa que trabajará ahí, tartamuda y quebrada de voz siempre le responde lo mismo, compite con el panadero jugando a la escondida y mientras la busca ella roba sus mejores panes, incluso con su edad de niño que cuenta con los dedos, le parece raro que dure tanto, pero confía en que ella jugará muy bien, siempre gana cuando lo hacen. Ama a su hermana, le parece un ideal a seguir, por eso no permite que nadie le falte el respeto, y por bocón a veces se busca que le pegan por la calle.

También tienen amiguitos, muchos llevan cositas lindas que divierten al ser vistas en sus manos, porque al fin saben que las pueden tener, como caramelos y figuritas, nunca ve que jueguen o coman con disfrute esas cosas mientras se las intentan vender a los transeúntes ¿Entonces para qué las llevan y no se las comen cuando nadie compra? Las resguardarían dentro de su ropa, como escondiendo tesoros, ellos simulan que nada pasó, frente al tipo ese al que tanto le temen, aquel señor les dijo que han pagado a sus padres, y que, por tanto es su nuevo papá a partir de ahora, es el mismo que hace temblarles las piernas, cada vez que hace los haberes y contabiliza a cada uno como a una mercancía, junto con los productos que venden.

Cuando se juntan en las esquinas a jugar, a veces a las bolitas, otras veces con muñequitos y si no están los vagabundos durmiendo, a la mancha y la escondida, se cuentan con tanta emoción los personajes nuevos que les tocó en el sobrecito de figuritas, no tienen las revistas donde se pegan y se coleccionan, con violencia virtuosa de quien añora un placer pegan las figuritas en sus propios cuadernitos, con tapas de papel calcado de la original. Así era, hasta que la morenita volvió al grupito, vendía frituras con su mamá y a veces no la veían con ella, de la nada misma, en un día frío gélido y despejado con el viento sur arreciando, trajo un cartón con la portada de la revista de figuritas dibujada encima, consiguió unos lápices nuevos, que cuida con añoro supremo dentro de una cartuchera de princesas, tanto la mina como la madera huelen un poco a naftalina, pero no le importa, los usa con tanto cuidado que nunca se le rompen y la punta la saca con un sacapuntas y no con un cuchillo a lo bestia como ellos.

Todos dudaron, acusaron a su copia fidedigna de ser calcada, los más conspiradores de ser una impresión. Entonces les prometió dibujarles a todos sus portadas especiales con cartones, así fue que cada cuadernito tenía portadas personalizadas, hechas por la morenita en sus talleres de dibujo, enriqueciendo la simulación de poseer algo original.

Cuando comen los dulces, se relamen exageradamente y se chupan los dedos, no escatiman y racionan cada mordida con los demás, incontables

son las peleas que ha habido porque alguien abusó pasando por encima de la rayita imaginaria. Se comparten las cosas, pero otras veces son mezquinos y no hacen más que esconderse en otro rincón a disfrutar solos, en esos momentos negocian y quieren venderles a los demás lo que traen, aprovechando que sus ojos se relamen por eso que poseen, pero a los que hacen eso les pegan, simple y llanamente les pegan por malevos, el dúo de hermanos en especial, son los primeros en irse a los puños con los malvados, porque eso es lo que haría un superhéroe. Formaron un lindo grupo así, se prestan pensando que nunca lo volverán a tener, y, por eso mismo, vivir la experiencia con otro es siempre lo mejor, mantendrán ese momento eternamente en la memoria, hasta que vuelva a tocar la ocasión. Justo hoy se compartieron pegatinas, entre ellos fueron adhiriéndoselas en el cuerpo.

Su hermana terminantemente le prohíbe que hable con otras personas, solo cuando juega con los chicos. Pero si no es así, mejor sea que solo se quede detrás de su falda, le dice que todos los adultos son malos, y que van a hacerle mucho daño. Recuerda a su hermanito, cada cierto tiempo, como medido con un cronómetro y con constancia maternal 'si alguien te quiere tocar en donde no quieres, ven corriendo y grita ayuda muy fuerte'.

También aprovechan cualquier ocasión fortuita, como en los videojuegos, pasan cosas y te toca mover al monigote, hasta el punto clave para cumplir misiones. Lo saben porque lo han visto en videos, como otra gente juega, pero nunca han manipulado al equeco virtual.

Para asegurarse la comida, aprovechan todas las changas que un niño podría hacer, cuando tocan construcciones, los ponen a pintar con brochas las paredes, también a pasar el cemento de la mezcladora sobre los ladrillos desnudos, ya que todavía no pueden cargar bolsas, sería un despropósito para ellos obligar a un niño a cargar tanto peso. Quieren contrariarlos, demostrando ser fuertes apretando los músculos, como en los dibujitos, todos se ríen cuando hacen eso, los hacen cantar y a carcajadas les aplauden, toman vino y se les ponen los cachetes rojos, y a veces, fuman un cigarro que huele feo, poniéndosele los ojos amarillos con rojo, también comparten el poco asado que tienen, se cocina y reposa sobre una reja oxidada, embadurnada en grasa añeja. A veces, les comparten vino, y se ríen de las caras que ponen con el jugo de uva agrio, se ahogan con su propia risa cuando ven a esos muñecos tambaleando al caminar.

Reparten volantes, cuidan autos, ordenan estantes y también venden comestibles, cigarrillos o aprovechan que cada día hay más señores con manta vendiendo, para atraerles gente y recibir algunas comisiones. Gracias a eso, de vez en cuando consiguen ropa nueva.

Pero toda esta actividad deja seca y quebrajada a sus lenguas, y no siempre pueden tomar de la fuente de la plaza, porque hay policías y según papá son malos, les queda entran al baño de algún centro comercial, tienda o estación de trenes, lamen los grifos con euforia perruna, sienten su sangre correr otra vez, como la saliva que todo lo facilita recorre sus dientes, húmedos sus ojos otra vez, aún con el dolor más profundo que trae la resequedad en el cuerpo. El cerebro se despierta de su letargo y al fin puede pensar, envidian a los niños que exigen cosas como gaseosas o comida, por eso roban alguna cosilla cuando pueden, así evitan sentirse menos.

Todavía sentados en los bancos del tren, sigue el niño temblequeando del frío, abrazando a su hermana busca calor y protección, mientras ella le acaricia la cabeza enredada con piojos, con complicidad de cariño fraternal. Siente sus manos frías y las pone sobre su pierna, y ella tiembla, instintivamente manotea, cierra las piernas, cabizbaja se tapa el pecho en consecuencia, siente que hizo algo mal y casi se echa a llorar, pero se la aguanta, porque esos hacen los hombres.

Ambos tienen los rostros mascullados por la gula sin ejercer, sudan frío y rezan a diosito santo que por favor, escuche sus plegarias y haga una lluvia de papas fritas, de tal forma se llama un local donde mendigan de vez en cuando, sin éxito.

Justo así llega una chica rara, su ropa manchada y andrajosa, dictaminan con verla renguear que se cayó sobre barro, todo el maquillaje corrido por las mejillas y la frente, se sentó al lado de ellos, sin esquivarles, aun habiendo otros bancos. El niñito quería robarle la billetera o el celular, pero ella aprieta su mano para evitarlo, no cree que pueda robarle algo de valor, y si lo tiene, no es correcto dañar al que ya está lastimado, no es noble y no está bien, eso no harían los superhéroes.

Tiende un cartoncito colorido con globos hacia ella, le quiere vender sus tarjetitas de cumpleaños, son solo veinte pesos, pero ella le da cien y lo toma. Sabe que mamá y papá las cuentan, suspiran tranquilos, a sabiendas que no les van a pegar, porque si han dado una tarjetita que cuesta veinte pesos, entonces tienen ochenta libres y gastables en sus más soñados placeres, discuten sobre que, el hermanito desea un barco, su hermana, más realista, aspira a un pancho. Pero convienen que desean unos helados, como los de la propaganda estampada en la ventanilla, envidiaban a esas personas tan contentas comiendose una paleta bajo el sol, todos bien vestidos, hermosos y posando para la fortuita foto que enmarca su felicidad,y quieren sentirse como ellos, felices, sonrientes, comiendo una paleta con tanta paz y tranquilidad, tal cual si el mundo dejase de existir, mientras van derritiendo a sus manjares con la lengua, angurrienta por degustar hasta llegar al palito.

Se suben al subte, en otro vagón, para no molestarla a la chica, ahora a su hermana también les rujen las tripas, y sonreía, porque con esos cien pesitos al fin podrán comprarse unas paletitas. Bajados del subte, van a un quiosco y se compran dos de crema con cobertura de chocolate, el kiosquero se las regala, tan ilusionados por unas paletas, mejor que se guarden eso para algo más importante les dijo. Contaban de sus deditos manchados con chocolate los días que llevaban sin comer un helado, no les alcanzaron ni incluyendo los dedos de los pies.

Su hermana sonríe, él sonríe, mientras discuten sobre que hacer con esos cien pesos el mundo se iluminó otra vez, aunque sea de noche y tengan que llegar a casa en el próximo tren, antes de que mamá y papá les peguen por llegar tarde. Ese heladito refrescó sus vidas, apaciguó a su forja estomacal e hizo vomitar a su hermanita de la angustia, que le contó a su hermanito que pasa cuando entra a la panadería.